

Braun, O. (1973 [1970]). "Desarrollo del capital monopolista en la Argentina" en O. Braun, (comp.) El capitalismo argentino en crisis, (pp. 11-44). Siglo XXI.

## DESARROLLO DEL CAPITAL MONOPOLISTA EN LA ARGENTINA

OSCAR BRAUN

Este ensayo intenta elaborar un marco general teórico para pensar sobre los problemas económicos argentinos, suficientemente simplificado y abstracto pero, es de esperar, no demasiado alejado de la realidad, y dentro del cual pueden ubicarse estudios cuantitativos más detallados que verifiquen, corrijan o rechacen las hipótesis que aquí se formulan.

Escrito en 1969 fue publicado prácticamente sin modificaciones en 1970. Antes de su publicación numerosas personas realizaron comentarios y críticas por las que estoy muy agradecido. Mis amigos S. Merrett y M. Teubal leyeron cuidadosamente y criticaron en detalle mis ideas; su colaboración me ha resultado especialmente valiosa. Naturalmente yo soy el único responsable de los errores que el lector descubra.

### INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es caracterizar la actual situación económico-social argentina y explorar las vías por las que —puede conjeturarse— proseguirá su proceso de desarrollo.

Luego de un rápido análisis de las características generales de la actual estructura económico-social del país, en el que se las pone en relación con las vigentes en otros países, se discute en el primer capítulo la evolución económica registrada en la Argentina hasta principios de 1967. En el segundo capítulo se analiza el plan económico aplicado por Krieger Vasena, y que continúa sin mayores variantes durante el ministerio de Dagnino Pastore, tratando de explicar en qué medida ha sido realmente exitoso y cuáles son sus limitaciones. Se destaca que —si bien es cierto que se ha logrado una cierta estabilidad en los precios—, la expansión actual

se debe más que a las virtudes del plan, al hecho de haber sido iniciado éste, a diferencia de planes anteriores, durante un período de estancamiento económico, en lugar de haber sido comenzada su aplicación luego de un período de rápida expansión. Por último, en el capítulo tercero, se discuten las perspectivas futuras, señalándose cómo el desarrollo pleno de las fuerzas productivas se ve trabado por las características de "dependiente" que tiene el capitalismo monopolista en nuestro país, y como por consiguiente, la mayor eficiencia y expansión de sus actividades que los monopolios sin duda logran gracias a la estabilidad y otras medidas racionalizadoras impuestas por el gobierno, se traducen en una mayor explotación y desempleo creciente para la mayoría de la clase obrera, además de generar graves desequilibrios regionales que dejan fuera del proceso de desarrollo a importantes zonas del país.

A partir de marzo de 1967 comienza a aplicarse un programa económico que refleja el dominio hegemónico que el "capitalismo monopolista dependiente" ha alcanzado sobre la sociedad argentina. Esta proposición requiere ser analizada detalladamente.

Por capitalismo monopolista se entiende el predominio en la vida económica de grandes empresas con acceso a vastos recursos financieros y con el control de una buena parte del mercado de los artículos que producen, que utilizan en los procesos de producción modernas tecnologías, y que en general son administradas por burocracias (o meritocracias como algunos prefieren llamarlas) eficientes y racionalizadoras. El crecimiento armónico de este tipo de capitalismo ha requerido una creciente intervención estatal; siendo de aplicación universal las políticas keynesianas tendientes a mantener el pleno empleo, y los intentos de planeación global; y utilizándose en distintos países al Estado para regular el crecimiento de los salarios con el objeto de mantener la estabilidad de los precios, para intervenir en el comercio exterior, apoyar la concentración industrial en ciertas ramas, subsidiar la investigación científica, desarrollar programas de reforma agraria, etc. El análisis del funcionamiento del capitalismo monopolista en los países imperialistas ha sido realizado por distintos autores<sup>1</sup>, así como han sido criticadas sus consecuencias sociales nefastas en lo que se refiere al mantenimiento de la desigualdad

y la pobreza, la alienación en el trabajo<sup>2</sup>, el aumento del autoritarismo del Estado y de las burocracias empresarias, la distorsión en la información, que alcanza desde los medios de comunicación de masa y la publicidad hasta la educación universitaria, el deterioro de la vida urbana y de los transportes, y demás características de la así llamada sociedad de consumo. Sobre este análisis y esta crítica que en cierta medida son aplicables a la Argentina, no volveremos, pero es importante tenerlos en cuenta en tanto nuestro país participa de muchas de las características del capitalismo monopolista. También es importante recordar que el rápido progreso económico alcanzable bajo este régimen —tal como lo demuestran las altas tasas de aumento de la producción logradas por casi todos los países imperialistas desde fines de la última guerra— ha permitido elevar el nivel de consumo de amplias masas de la población, y en algunos casos integrar a las masas en sistemas políticos democráticos llevándolas a la aceptación más o menos total de las reglas de juego de la legalidad burguesa. Así pues, independientemente del juicio crítico que a uno le merezca la "modernización" y el "progreso" que nos ofrecen los ideólogos de la burguesía, es importante estudiar cuidadosamente si efectivamente este progreso y esta modernización son alcanzables por un país como la Argentina, y en caso de ser así, qué efectos tendrán sobre la conciencia política de las masas.

Ahora bien; aun cuando es cierto que grandes empresas modernas y con control monopolístico sobre sus mercados predominan, por ejemplo, tanto en los Estados Unidos e Inglaterra, como en la Argentina y en México, la situación en los dos primeros países es muy diferente de la de los segundos. Simplificando, podemos dividir a los países capitalistas en países imperialistas (generalmente llamados desarrollados), y países dependientes (por alguna razón que se me escapa llamados en vías de desarrollo). No interesa ahora explorar las características de los países imperialistas, que por otro lado han sido discutidas, entre otros, por los autores citados anteriormente. Veamos más bien el concepto de país dependiente. Varias son las características que se le han adjudicado a este tipo de naciones en lo que hace a sus relaciones con los países imperialistas; el exportar primordialmente materias primas, el concentrar sus exportaciones en pocos productos o pocos mercados, el carecer de capacidad propia para la elaboración de tecnología moderna, el tener bajo control extranjero una parte sustancial de las

más importantes y modernas empresas industriales, el depender de préstamos externos para equilibrar sus cuentas externas, etc. Estas características de los países "en vías de desarrollo", serían las que dan origen al fenómeno de la dependencia, el que a su vez se traduce en una explotación de los países dependientes por parte de los centros imperiales (vía egresos de utilidades, tendencia decreciente de los términos del intercambio, etc.), y en un freno al desarrollo de las fuerzas productivas de los países dependientes que no estarían por lo tanto en condiciones de repetir el proceso de desarrollo capitalista ya transitado por los países hoy imperialistas.

Sin embargo, y sin negar que estas son características típicas de algunos o todos los países dependientes, considero que para ciertas naciones, entre las que incluyo a la Argentina, deberíamos incluir como la característica esencial de la dependencia, el que: dadas las relaciones de producción y de distribución capitalistas, la tasa de crecimiento global de la economía está limitada por la tasa de crecimiento de los recursos externos (divisas) disponibles.

La razón es la siguiente. La tasa de crecimiento del ingreso determina la tasa de crecimiento de la demanda final. Dadas las relaciones de distribución capitalistas no pueden esperarse cambios sustanciales en la distribución del ingreso, y, por consiguiente, si suponemos que la elasticidad precio de la demanda de bienes y servicios es baja <sup>3-4</sup> queda determinada la composición del vector de demanda final de bienes y su crecimiento a lo largo del tiempo. Por otro lado en la producción de estos bienes entran directa e indirectamente insumos importados en proporciones más o menos fijas (incluyendo maquinarias), por lo menos en el corto plazo.

Por lo tanto dado el vector de demanda final, quedan determinados los volúmenes de importación de los distintos insumos y, por consiguiente, el volumen de recursos externos requeridos; y dado el ritmo de aumento del ingreso queda determinado el ritmo de aumento requerido en los recursos externos. La tasa requerida de aumento en los recursos externos será mayor que la tasa de crecimiento del ingreso, si, en promedio, los bienes cuya demanda tiene una elasticidad ingreso mayor que la unidad, tienen un coeficiente de importación <sup>5</sup> mayor que el de la economía como conjunto <sup>6</sup>. Naturalmente, en el largo plazo, pueden modificarse mediante la llamada "sustitución de importaciones" los coeficientes de importación que rigen en el corto plazo.

Por lo tanto la aparición de nuevos bienes introducidos en primer lugar

en los mercados de los países imperialistas, que tienen coeficientes de importación en general altos —por lo menos en una primera etapa— y la imposibilidad de llevar a cabo un proceso de sustitución de importaciones cada vez más profundo sin afectar seriamente la eficiencia del sistema productivo, hacen que aun en el largo plazo, para cada tasa de incremento en la producción, exista una tasa mínima de incremento de los recursos externos disponibles, sin la cual esa tasa de incremento en la producción no es alcanzable. Naturalmente, cuanto más alta sea la tasa de crecimiento, mayor deberá ser la tasa de aumento de los recursos externos <sup>7</sup>.

Es evidente pues, que el crecimiento de las exportaciones o de alguna otra fuente de recursos externos es condición necesaria para alcanzar una tasa de desarrollo satisfactoria y para mantenerla por un plazo largo de años. Pero casualmente, las exportaciones de los países dependientes enfrentan en general, en los países imperialistas —además de muchas otras dificultades externas e internas—, una serie de barreras aduaneras, que van desde las tarifas hasta la prohibición lisa y llana de importar ciertos productos.

La existencia de estas barreras aduaneras puede en parte explicarse como ejercicio por parte de los países imperialistas de su poder monopólico, el que proviene justamente de la posición de dependencia de los países menos avanzados tal como se definió anteriormente. En efecto, al requerir un país dependiente un volumen mínimo de divisas para un volumen dado de producción interna, puede verse obligado —si desea mantener el pleno empleo de sus recursos productivos— a exportar volúmenes mayores de bienes cuanto menores sean los precios que se le ofrecen, tal como en ciertas circunstancias una caída del salario real por hora trabajada incrementa la oferta de trabajo si el obrero requiere un salario total mínimo para subsistir. Las tarifas, al reducir la demanda y los precios de los bienes exportados por los países dependientes, permiten a los países imperialistas el aprovechar ese poder monopólico obligando a los países dependientes a incrementar sus ventas <sup>8</sup>.

Los países dependientes —o por lo menos algunos de ellos entre los cuales incluiría a la Argentina— se caracterizarían por el hecho de que el desarrollo de sus fuerzas productivas depende de un crecimiento constante en la disponibilidad de recursos externos, y por

ser imposible la obtención de esos recursos externos al imponer los países imperialistas trabas a sus exportaciones con el objeto de beneficiarse del ejercicio de su poder monopolístico<sup>9</sup>.

La consecuencia de la dependencia es que el desarrollo de las fuerzas productivas se encuentra trabado; y por otro lado facilita la penetración de los capitales imperialistas en los países dependientes, ya que éstos se ven obligados a recibirlos para compensar en parte —y por un plazo breve— su carrera de divisas<sup>10-11</sup>.

Si se acepta lo expresado hasta ahora queda claro por qué hablamos de “capitalismo monopolista dependiente” para el caso argentino; la Argentina es un país donde el sector dominante en la producción está constituido por grandes empresas monopolistas, nacionales y extranjeras, pero cuyo desarrollo se ve trabado, si no se logra un flujo creciente de recursos externos.

Aún si fuera posible remover otros obstáculos que se oponen al desarrollo —tales como la inestabilidad de los precios, el estancamiento del sector agrario, etc.— lo cual indudablemente no sería fácil de lograr, el “estrangulamiento externo” aparece como el freno “dominante” al desarrollo de las fuerzas productivas<sup>12</sup>. Quedaría por explicar lo que se entiende por dominio hegemónico monopolista.

Como decía más arriba, el funcionamiento armónico del capitalismo monopolista requiere la intervención sistemática del Estado en la economía, variando el tipo de intervención requerida de acuerdo con las características de cada país. Veamos ahora el tipo de intervención llevada a cabo por el gobierno en los últimos años, para ver hasta qué punto es conducente a un mayor crecimiento de las empresas monopolistas.

En la Argentina el freno más importante a un mayor y más eficiente desarrollo de las empresas monopolistas, era probablemente la inflación. Por sus mismas características, los grandes monopolios requieren planear sus inversiones a largo plazo, lo que se hace difícil de realizar racionalmente en condiciones de inestabilidad de precios. Por otro lado, las ventajas de que gozan al aplicar métodos modernos de producción que permiten reducir los costos desaparecen, o por lo menos se reducen, cuando éstos no pueden ser calculados con alguna precisión. Por último, e incluso si a pesar de todo consiguen producir a costos más bajos, y vender sus mercancías a precios inferiores a los de sus competidores más

pequeños, esto no constituye una ventaja decisiva, ya que en un ambiente de inflación generalizada diferencias de precios no muy grandes no son necesariamente percibidas por los consumidores, a los cuales también les resulta difícil el “cálculo económico” racional.<sup>13</sup>

Más adelante discutiremos en detalle los mecanismos inflacionarios en la Argentina, por ahora basta decir que el incremento en los salarios nominales constituía una parte esencial de éstos. Y es recién en 1967 que logra imponerse, a pesar de la oposición de la clase obrera, un congelamiento de salarios que, además de reducir los salarios reales, cumple con lo que es su principal objetivo: eliminar o reducir en grado apreciable la tasa de inflación.

Por otro lado resultaba indispensable devaluar la moneda, tanto para solucionar el problema del corto plazo de la falta de reservas en poder del Banco Central, como para tratar de promover un crecimiento a largo plazo de las exportaciones industriales. Pero la devaluación de la moneda implicaba transferir importantes recursos al sector agrícola, que se beneficiaba por el aumento en los precios de los productos de exportación; y al ser estos productos (trigo, carne, etc.) también de amplio consumo popular, el aumento desmesurado de sus precios hubiera puesto en peligro la posibilidad de mantener los salarios congelados<sup>14</sup>.

La solución fue introducir las retenciones a la exportación de productos tradicionales, lo que también tenía la virtud de incrementar en forma sustancial los ingresos del Estado, política complementada en 1969 con la introducción de un impuesto a la tierra y una rebaja en las contribuciones sociales abonadas por los trabajadores —en esencia un pequeño aumento de salarios que en lugar de quedar a cargo de los empresarios era pagado por el Estado, en parte con los recursos obtenidos del sector agropecuario.

Así pues el control de la inflación fue obtenido a costa de los trabajadores, y si sus salarios no se deterioraron aún más fue gracias a una reducción en los ingresos del sector agrícola vía retenciones e impuestos a la tierra. El costo de una política destinada a beneficiar a los grandes monopolios fue salomónicamente distribuido entre la oligarquía agropecuaria y la clase obrera; ejemplo concluyente del dominio del aparato estatal por parte de la burguesía industrial monopolista. Este dominio es el que llamo dominio hegemónico del capital monopolista<sup>15-16</sup>.

Pero naturalmente esto no fue todo. La reducción en las tarifas aduaneras, la eliminación o reducción en los controles existentes a los alquileres urbanos y arrendamientos rurales, la "racionalización" de los puertos y de la producción azucarera en Tucumán, la realización de importantes obras públicas, la creación de un clima atractivo para el capital extranjero y el mantenimiento de un mercado de cambios casi completamente libre, una política crediticia expansiva y que favorece en forma selectiva a los monopolios, etc.; son todas medidas que directa o indirectamente facilitan la expansión de las grandes empresas, permitiéndoles racionalizar sus actividades, reducir costos, explotar nuevos mercados, intensificar la competencia con los pequeños productores, y en general consolidar su posición de preeminencia en la estructura económica argentina, a expensas de ciertos grupos pequeñoburgueses (comerciantes, pequeños industriales, etc.), obreros y empleados que quedan desocupados (azúcar, puertos, ferrocarriles, etc.), y regiones enteras (Tucumán) que quedan marginadas del proceso de crecimiento.

Si por último tomamos en cuenta que esta política que golpeaba a tantos sectores simultáneamente fue aplicada encontrando una limitada resistencia, gracias a un cuidadoso perfeccionamiento de los mecanismos represivos; que cada vez más los medios de comunicación de masas se encuentran en poder de grupos financieros aliados con el capital monopolista; que sectores potencialmente opositores fueron eliminados, interviniéndose sindicatos, disolviéndose los partidos políticos e interviniéndose la Universidad; y que parece estrecharse la alianza entre la burguesía monopolista y militares de alta graduación en distintas actividades económicas, tanto en la producción local de armamentos como con la incorporación de militares a los directorios de las más importantes empresas; la calificación del actual período como de dominio hegemónico del capital monopolista no parece exagerada. Naturalmente que por dominio hegemónico no entendemos en este trabajo el obtener el "consenso" de los gobernados —el que está lejos de haberse logrado como lo demuestran las luchas obreras y estudiantiles, intensificadas a partir de mayo de 1969 y precedidas por duros conflictos en Tucumán y Santa Fe y por las huelgas de petroleros y gráficos— si no simplemente tener el poder de aplicar una política coherente en favor de un cierto sector a pesar de los perjuicios soportados por una buena parte del resto de la sociedad.

## 1. EVOLUCIÓN ECONÓMICA ARGENTINA HASTA 1967

En esta parte se tratará de analizar las variables que creo determinantes de la evolución de la economía argentina, tanto en lo que se refiere a sus fluctuaciones cíclicas como a su crecimiento secular. No trato de hacer un estudio completo de esta evolución, sino sólo sugerir las grandes líneas de un modelo que, pienso, se adecua a la realidad, sin tratar, sin embargo, de demostrar empíricamente la validez del modelo ni desarrollar los detalles del mismo.

Si bien es indudable que existen interrelaciones entre los ciclos de corto plazo y la forma en que la economía evoluciona durante períodos largos, es conveniente a los fines analíticos realizar un estudio de las fluctuaciones de corto plazo, separadamente de los movimientos seculares. Ya he citado anteriormente un trabajo —del que soy coautor junto con J. L. Joy— en el que se trata de presentar un modelo explicativo de los ciclos económicos argentinos; trataré ahora de resumir brevemente las principales ideas de ese artículo.

Supongamos que —para analizar fenómenos de corto plazo— la economía argentina pueda representarse por un modelo simple, del cual son características esenciales:

- a) un volumen fijo de producción agropecuaria.
- b) una demanda interna de productos agropecuarios insensible a las variaciones de los precios relativos, pero de elasticidad mayor que cero respecto a cambios en el ingreso y sensible a cambios en la distribución del ingreso.
- c) una demanda de importaciones inelástica con respecto a cambios en los precios relativos, y de elasticidad elevada con respecto a variaciones en el volumen de la producción industrial.
- d) exportaciones compuestas exclusivamente de productos no industriales.

En una economía de este tipo, la fase ascendente del ciclo económico se caracteriza por un marcado deterioro de la balanza de pagos; que ocurre al incrementarse las importaciones como consecuencia de un aumento en el volumen de la producción industrial, y reducirse las exportaciones como consecuencia del aumento de la demanda interna de productos agropecuarios producido al aumentar el nivel del ingreso e incrementarse el salario real. Fi-

nalmente se llega a una crisis al agotarse las reservas de divisas del Banco Central —y suponiendo que otros instrumentos de política económica no pueden ser usados—, se hace necesario aplicar un plan de estabilización que incluye la devaluación del peso y la aplicación de políticas monetarias y fiscales restrictivas.

La devaluación incrementa los precios de los productos agropecuarios de exportación en una proporción similar a la variación del tipo de cambio —si suponemos que se mantienen constantes los precios en moneda extranjera— y los precios de los productos industriales que utilizan insumos importados en su proceso de fabricación en una proporción igual al resultado de multiplicar el porcentaje de devaluación por la proporción en que los insumos importados forman parte del producto final. El aumento de los precios industriales es obviamente menor que el aumento en los precios agropecuarios.

La distinta variación en los precios de los productos agrícolas e industriales genera una traslación de ingresos en favor de los productores de bienes agropecuarios, y en contra de los asalariados, por ser éstos los principales consumidores de bienes de origen agrícola.

Esta traslación de ingresos, que beneficia a los sectores de ingresos más altos y que por lo tanto ahorran más, genera una caída en el nivel de la demanda global que afecta principalmente al sector industrial. Estos efectos recesivos se ven acentuados por políticas de estabilización que tienden a reducir el gasto público y la emisión monetaria; especialmente si tenemos en cuenta que el incremento de precios originado como consecuencia de la variación en el tipo de cambio, implica una reducción en los saldos monetarios reales, que requeriría un incremento en la emisión monetaria sólo para mantener constante el nivel de liquidez existentes antes del aumento en el tipo de cambio.

Los efectos inflacionarios de la devaluación se ven reforzados si, como es probable, los aumentos de precios inducen un cierto aumento en los salarios nominales con su consiguiente efecto sobre el nivel de los precios de los productos industriales. Suponemos, sin embargo, que estos aumentos no son tan grandes como para eliminar totalmente el efecto inmediato de la devaluación —en el sentido de incrementar los precios relativos de los productos agropecuarios—, y por ende, su efecto final sobre la distribución del ingreso y la demanda global.

La caída en la demanda global reducirá la actividad industrial, y luego de cierto tiempo, el volumen de inversiones en este sector. Esta recesión a su vez hará caer el volumen de las importaciones, restableciendo así el equilibrio en la balanza de pagos. En la medida en que la demanda interna de productos agropecuarios sea elástica a cambios en el ingreso y su distribución, la reducción en el consumo de estos productos por parte de los asalariados, incrementará los saldos exportables reforzando el efecto positivo para la balanza de pagos producido por la caída en las importaciones.

Una vez alcanzado el equilibrio en la balanza de pagos, las condiciones están dadas para un nuevo ciclo ascendente. Una vez iniciado éste, por ejemplo gracias a una política fiscal expansiva, como todo ciclo económico será autorreforzado. Además en el caso argentino, y en la medida en que los obreros sigan obteniendo aumentos en los salarios nominales, tenderá a restablecerse la distribución del ingreso preexistente, con sus consiguientes efectos expansivos. Pero por otro lado este aumento en los salarios perpetuará la inflación, y al no haberse alterado las circunstancias en lo que se refiere a volumen de producción agraria —pues suponemos que el período de precios relativos altos para los productos del agro no induce aumentos en la producción de este sector—, será inevitable una nueva crisis de balanza de pagos y una repetición del proceso.

Esta caracterización simplificada del ciclo económico argentino, indudablemente deja fuera del análisis muchas importantes variables. En particular, la situación de la balanza de pagos no depende sólo de la evolución de la balanza comercial, sino también de los flujos de capital a corto y largo plazo. Un flujo sostenido y creciente de capital a largo plazo puede demorar indefinidamente el momento en que se produce la crisis en la balanza de pagos, por lo menos si no tomamos en cuenta el flujo opuesto de utilidades e intereses. Lo mismo podría ocurrir con un flujo de capital a corto plazo, aun cuando es casi imposible imaginar circunstancias tales que generaran un flujo creciente de capital a corto plazo por un período largo de años. Un ejemplo de los efectos de los movimientos de capital sobre el ciclo económico lo hallamos en el período 1960/61, cuando el período expansivo se mantuvo durante un cierto tiempo —gracias a los ingresos de capital obtenidos por el gobierno de Frondizi— aún estando la balanza de pagos en cuenta corriente seriamente desequilibrada.

Similarmente un aumento o disminución autónomos en los flujos de pagos por servicios recibidos del exterior afectan el estado global de la balanza de pagos y por lo tanto el momento en que se inicia un ciclo económico. Aún más significativa puede resultar una variación en las condiciones meteorológicas que dé origen a una muy buena o muy mala cosecha, con su consiguiente repercusión sobre el volumen de las exportaciones. Por último, diferentes políticas económicas pueden alterar sustancialmente el ritmo del ciclo; así, por ejemplo, la política de pequeñas y sucesivas devaluaciones aplicada por el gobierno de Illia y en la primera época del gobierno de Onganía, junto con otras medidas de política monetaria y fiscal aplicadas conjuntamente, contribuyeron a evitar luego de 1965 las fuertes recesiones y rápidos períodos de expansión experimentados anteriormente. Claro que generando en su lugar un estancamiento económico que duró casi tres años.

La operación en cada caso concreto de todas estas variables hará que los ciclos económicos se aparten en mayor o menor grado del modelo propuesto, pero si los supuestos elegidos están lo suficientemente próximos a la realidad y el modelo en general es una correcta representación de ésta, los determinantes en última instancia de la intensidad y las características de los ciclos serán los señalados; es decir, el volumen de las exportaciones agropecuarias, la elasticidad ingreso de la demanda de importaciones, las propensiones a ahorrar de las distintas clases sociales y las variaciones del tipo de cambio; mientras que las crisis financieras, los créditos obtenidos del exterior, las variaciones climáticas, etc., sólo afectarán el momento de iniciación y la duración del ciclo, sin hacer variar sus características fundamentales.

De la misma manera, el incremento de los precios se verá acelerado o retardado por distintos factores, pero sus causas últimas deberán buscarse en el desequilibrio de la balanza de pagos, los incrementos de precios generados por las sucesivas devaluaciones, y los aumentos en los salarios nominales que, en parte, tratan de compensar las disminuciones del salario real producidas por las devaluaciones.

Si pasamos ahora a estudiar el crecimiento secular de la economía, deben relajarse los supuestos excesivamente estrictos postulados. Debe admitirse que en el largo plazo la producción agropecuaria crece, que parte de las importaciones inducidas por un crecimiento de la demanda interna pueden sustituirse por pro-

ducción local, que una combinación adecuada de medidas de política económica puede favorecer un aumento en las exportaciones de productos industriales. Pero a medida que la economía crece, si una alta tasa de desarrollo se mantiene por un período largo, la evidencia empírica existente sobre el caso argentino y sobre la evolución de economías más o menos comparables, parece indicar que, a pesar de la sustitución de importaciones, aumentará considerablemente la demanda total de importaciones. Por lo tanto, para evitar que se produzcan recurrentemente déficit en la balanza de pagos, las exportaciones deberían crecer a una tasa dada; estando ésta determinada por la tasa de crecimiento de la economía, la tasa a la cual se sustituyan importaciones, y las variaciones que sufren los términos del intercambio. A priori puede pensarse que países como la Argentina requerirán una alta tasa de crecimiento de sus exportaciones para mantener en equilibrio sus cuentas externas<sup>17</sup>, salvo que, mediante una política proteccionista a ultranza, se lograra alcanzar un estado próximo al autoabastecimiento en un considerable número de ramas industriales. Pero justamente en países como el nuestro esta política sería extremadamente ineficiente, dado que, por ser nuestros mercados relativamente reducidos, se perderían las economías de escala que pareciera existen hoy en día en casi todas las ramas de la producción industrial.

De hecho, está claro que un crecimiento suficiente de las exportaciones no ha sido alcanzado en los últimos años; esta es, pienso, la causa principal del lento crecimiento de la economía argentina. Y aun cuando las políticas aplicadas no hayan sido siempre las más aptas, no es obvio que políticas alternativas hubieran logrado obtener un crecimiento adecuado de las exportaciones.

En efecto, parecería que la elasticidad ingreso "teórica" es decir, la elasticidad ingreso que se hubiera verificado si no se hubiera efectuado un proceso de sustitución de importaciones de las importaciones es bastante alta, y que, aun realizado el proceso de sustitución de importaciones, la elasticidad ingreso efectiva de las importaciones se mantuvo a un nivel relativamente alto<sup>18</sup>.

Para hacer frente a esos requerimientos de importaciones no resultaba simple incrementar el volumen de la producción agropecuaria —aún suponiendo que se hubieran podido ampliar los mercados externos para colocar esa producción— ni aumentar el valor de las exportaciones de productos manufacturados. Por lo tanto, es

probable que la política económica proteccionista, tendiente a reducir el coeficiente de elasticidad ingreso de las importaciones, y el estímulo al ingreso de capital extranjero, requerido para cubrir la brecha aún subsistente en la balanza de pagos, fuera la más adecuada combinación de políticas elegible dentro de una estructura económica capitalista con las características generales indicadas en la Introducción.

Aquí es donde vemos aparecer las interrelaciones entre los movimientos seculares y cíclicos de la economía. Si es el estancamiento de las exportaciones la causa principal generadora del ciclo, éste a su vez se convierte en un freno al aumento de las exportaciones.

En primer lugar, el proceso inflacionario dificulta la determinación exacta de la rentabilidad de inversiones que maduran en un plazo de tiempo largo, mientras que las variaciones bruscas en los precios relativos aumentan los riesgos de las mismas; esto debe haber influido para retardar el aumento de las inversiones en el sector agrícola y contribuido, por lo tanto, al estancamiento de la producción.

En segundo lugar, un razonamiento similar se aplica al caso de las exportaciones de manufacturas; la apertura de un nuevo mercado tiene muchas de las características de una inversión a largo plazo, y al resultar casi imposible prever, dado un rápido proceso inflacionario, cuál será la rentabilidad de las exportaciones en el futuro, no se realizan las tareas requeridas para conocer y penetrar, nuevos mercados.

En tercer lugar, el proceso inflacionario traba el funcionamiento de los mercados monetarios, y reduce el flujo de fondos disponibles para préstamos a largo plazo, los que son necesarios para financiar inversiones que maduran luego de un período largo de años, tales como las que serían requeridas para incrementar la producción agropecuaria y las exportaciones de productos manufacturados.

En cuarto lugar, las altas tarifas y otras trabas impuestas a las importaciones a fin de proteger la balanza de pagos, determinan una disminución en la eficiencia con que se produce internamente y un aumento en los costos relativamente a los costos externos, para un nivel dado cualquiera del tipo de cambio y del nivel de salarios nominales. Esto ocurre no sólo por el efecto directo de las tarifas sobre los precios de los insumos importados y por lo tanto sobre la asignación de recursos<sup>19</sup>, sino también por el efecto indi-

recto provocado por la reducción o eliminación de la competencia internacional, lo que disminuye la eficiencia interna con que las empresas utilizan sus recursos productivos. Una adecuada devaluación podría hacer competitivas internacionalmente ciertas industrias a pesar de este mayor nivel de costos, pero a costa de un mayor deterioro del salario real —deterioro producido justamente por la devaluación, tal como se explicó anteriormente.

Por último, el capital extranjero, al que se ha recurrido para retardar el momento en que se debe frenar la expansión de la economía, requiere su cuota de beneficios, y exige el poder girar más o menos libremente esos beneficios al exterior. A medida que aumenta la proporción del stock total de capital que se encuentra en manos extranjeras, se agudiza el efecto negativo que estas remesas de utilidades tiene sobre la balanza de pagos. En síntesis, las medidas tomadas para solucionar las recurrentes crisis en la balanza de pagos —devaluación, restricción monetaria, obtención de préstamos e inversiones extranjeras— tienden en muchos casos a empeorar la situación en el largo plazo.

Debe señalarse, sin embargo, que si bien se destaca el papel determinante que juega el déficit de la balanza de pagos —es decir, la falta de un crecimiento suficiente de las exportaciones— como causa del proceso inflacionario y del estancamiento económico, el mecanismo causal es diferente en uno y otro caso. El déficit en la balanza de pagos genera inflación interviniendo como variables intermedias la devaluación y el incremento de precios que ésta genera, y los incrementos de salarios inducidos posteriormente. Causa estancamiento cuando la devaluación provoca una redistribución de ingresos, apoyada por una política monetaria y fiscal restrictiva, que reduce la demanda final. La devaluación sería evitable si la demanda final fuera contenida por otros medios —por ejemplo, con políticas monetarias y fiscales suficientemente restrictivas— y en ese caso, si pudiera también contenerse el crecimiento de los salarios, podría eliminarse el problema de la inflación aun cuando se mantuvieran estancadas las exportaciones. Pero no se solucionaría el problema del estancamiento secular, pues hemos justamente postulado que la demanda final será contenida en forma deliberada a través de una política económica suficientemente restrictiva.

El problema del estancamiento, o semiestancamiento secular, no puede ser atribuido a un deficiente crecimiento de la demanda,



como muchas veces se hace. No puede atribuirse a un lento crecimiento del gasto público o de la demanda de exportaciones, a una débil propensión a invertir por parte de los empresarios, o a una inadecuada distribución del ingreso que reduce el tamaño del mercado.

En efecto, por un lado, los resultados negativos sobre la demanda final del lento crecimiento de las exportaciones y el gasto público pueden ser solucionados con una adecuada reducción de la carga impositiva, por el otro, la experiencia de los años de rápido crecimiento económico, como por ejemplo el período 1946/49, o el período 1960/61 muestran que los empresarios están dispuestos a invertir cuando ven posibilidades de un crecimiento adecuado en la demanda final.

Finalmente, y si bien es cierto que la redistribución regresiva del ingreso reduce el tamaño del mercado, el argumento desarrollado anteriormente explica cómo esta redistribución regresiva y la reducción en el tamaño del mercado, son justamente consecuencias necesarias y deseadas de las medidas que se toman para llevar al equilibrio la balanza de pagos cuando ésta se deteriora como consecuencia del crecimiento del ingreso. No es, por lo tanto, el problema determinar cómo podemos hacer crecer suficientemente la demanda final —esto siempre puede lograrse mediante políticas fiscales expansivas; el problema es cómo evitar que el gobierno deba deliberadamente contraer la demanda final para evitar una crisis en los pagos externos.

Naturalmente es probable que la propensión a consumir bienes importados, y a consumir bienes en cuya producción sea importante la proporción de insumos importados, sea menor en los sectores de bajos ingresos que en el de altos ingresos. En ese caso para una tasa cualquiera de aumento de las exportaciones, podríamos obtener una tasa mayor de crecimiento del ingreso cuanto más igualitaria sea la distribución del ingreso; pero la distribución del ingreso requeriría el aumentar la carga tributaria requerida para establecer el nivel adecuado de demanda final, en la medida en que un peso de impuestos pagados por el sector de altos ingresos reduce la demanda final en menos de los que la reduce un peso de impuestos pagados por la clase trabajadora. Es difícil que la burguesía en el poder encuentre atrayente este tipo de política económica.

El relativo estancamiento de la economía tiene efectos impor-

tantes sobre el volumen de empleo. Desde principios de la década del 50 se observa en nuestro país un rápido proceso de “progreso técnico” —entendiendo por esto un aumento en la productividad de todos los factores de la producción— y simultáneamente, un incremento en la intensidad de capital usado en el sector manufacturero; con el consiguiente aumento en la productividad por hombre ocupado <sup>20</sup>.

Estos dos procesos, estrechamente vinculados a la monopolización de importantes sectores de la economía y al creciente flujo de capital extranjero, reducen la tasa de crecimiento de la demanda de mano de obra para una tasa dada de crecimiento de la producción industrial. Dado el relativamente lento crecimiento de la producción, cuyas causas hemos tratado de analizar, esto implica una reducida absorción de mano de obra por parte del sector industrial, y un crecimiento del “ejército de reserva” de trabajadores desocupados. Este aumento del desempleo, claramente indicado por las estadísticas disponibles —a pesar de que éstas no captan el fenómeno en toda su intensidad—, reduce el poder negociador de la clase obrera y facilita el establecimiento del poder hegemónico por parte del gran capital monopolista, que puede por un lado amenazar a los obreros con el espectro del desempleo, mientras que simultáneamente está en condiciones de ofrecer salarios relativamente elevados a una parte de los obreros empleados, ya que el progreso técnico y el aumento en el stock de capital utilizado por obrero empleado, aumentan sustancialmente la productividad por persona ocupada.

## 2. LA POLÍTICA ECONÓMICA DE KRIEGER VASENA

Como ya se había hecho en oportunidades anteriores; a principios de la década del cincuenta, en 1956, en 1959, y en 1962; se aplica a partir de marzo de 1967 un programa de “estabilización y desarrollo”. La diferencia es que, por lo menos aparentemente, el nuevo plan ha resultado mucho más exitoso que los anteriores. En efecto, todos los planes aplicados en el pasado provocaron más o menos marcadas recesiones económicas, y fracasaron en sus propósitos de contener la inflación; el plan actual ha reducido sustancialmente la tasa de inflación sin provocar una depresión en el Producto Nacional. Pero una correcta evaluación de los resulta-

dos del plan de gobierno, requiere tener en cuenta lo expresado anteriormente sobre las posibilidades de contener la inflación, y analizar el momento del ciclo en que el plan comienza a aplicarse.

Según el análisis efectuado, la inflación y el estancamiento están estrechamente relacionados con la situación "estructuralmente" deficitaria de la balanza de pagos del país; pero mientras que el estancamiento no es superable sin la eliminación de este déficit, la inflación sí puede serlo. Y si bien la inflación ha sido, al menos en parte, eliminada, no se puede decir que se ha superado el estancamiento. El plan, a diferencia de los anteriores, no comienza a aplicarse cuando la economía se encontraba en un pico de su evolución cíclica, sino cuando desde hacía más de un año se verificaba un casi total estancamiento en la producción. Por lo que evitar la recesión producida en ocasiones anteriores, no significa en modo alguno el haber superado el problema del estancamiento; y el auge que tiene lugar en 1969 y su continuación que el gobierno pronostica para este año —y que seguramente se verificará— no ofrece mayor diferencia con los auges ocurridos en ocasiones anteriores uno o dos años después de la aplicación de un plan de estabilización. Auges que en aquellos casos correspondían a fuertes y breves caídas en la producción, y que en este caso corresponde a un prolongado estancamiento que continuó por cerca de tres años.

El verdadero test de la eficacia desarrollista del plan del gobierno, tendrá lugar si, después de uno o dos años de expansión, se logran evitar nuevas crisis de balanza de pagos sin reducir la tasa de aumento de la producción.

En lo que se refiere al control de la inflación el éxito del plan es innegable. Pero debe tenerse en cuenta en primer lugar que la eliminación o reducción en la tasa de inflación no era un objetivo inalcanzable dentro del marco de un régimen de capitalismo monopolista dependiente, y por el otro que el plan se comenzó a aplicar en circunstancias económicas y políticas especialmente favorables. A estas últimas ya me he referido al hablar del dominio hegemónico del capital monopolista, y se refieren esencialmente a la posibilidad de controlar rígidamente el aumento en los salarios nominales y a desplazar parte de la carga del ajuste sobre el sector agrícola.

En cuanto a las circunstancias económicas, el momento del ciclo en que comienza a aplicarse el plan de estabilización también es importante. Este comienzo tiene lugar cuando, por un lado, la

posición externa del país no es deficitaria y el dólar no se encuentra subvaluado gracias a las pequeñas y sucesivas devaluaciones efectuadas por el gobierno de Illia y durante los primeros meses del gobierno de Onganía, y por otra parte, cuando el estancamiento de la producción ha dejado abundante capacidad ociosa en el sector industrial <sup>21</sup>.

De los dos puntos mencionados en primer término se deduce que es innecesario devaluar la moneda y frenar el crecimiento de la demanda interna; del tercero, que las empresas pueden con facilidad aumentar la producción sin incrementar sus costos, y aun reduciéndolos al distribuir sus costos fijos sobre un volumen de actividad mayor <sup>22</sup>.

A pesar de todo se realiza una sustancial devaluación del peso, pasando su valor de \$ 250 a \$ 350 por dólar; pero en la práctica esta devaluación sólo tiene repercusiones sobre las transacciones financieras y sobre las exportaciones de productos no tradicionales. Ya que al introducir retenciones a la exportación, lo que evita el alza en los precios de los bienes agropecuarios exportables y reducir sustancialmente las tarifas a la importación —similarmente reduciendo el efecto inflacionario de la devaluación sobre los precios de los bienes industriales—, el gobierno elimina la posibilidad de que se repitan los efectos que devaluaciones anteriores habían tenido sobre el nivel de precios internos y sobre la distribución del ingreso. Tenemos pues no una devaluación, sino más bien la introducción de un doble tipo de cambio; relativamente bajo para la exportación de productos tradicionales e importación de materias primas, y más alto para la exportación de productos manufacturados, importación de bienes de consumo final, y transacciones financieras. Los efectos esperados de esta medida son restablecer la confianza internacional en la moneda local, obteniendo así un ingreso de capital a corto plazo, y lograr un aumento sustancial en la exportación de artículos no tradicionales. Se ha logrado el primer objetivo —de importancia para la regulación de los movimientos cíclicos de la economía, pero de nula trascendencia en lo que se refiere al crecimiento a largo plazo— pero es dudoso que se cumpla el segundo.

La introducción de un doble tipo de cambio es sin duda una medida acertada, pues evita los efectos inflacionarios de las devaluaciones efectuadas anteriormente. Además, simultáneamente con la devaluación se incrementaron los salarios nominales en forma

moderada para luego congelarlos por un período de doce meses —quebrando así la espiral salarios-precios— y se llevó a cabo una política fiscal y monetaria, lo suficientemente restrictiva como para mantener más o menos constante el volumen de la demanda final —evitando así posibles presiones inflacionarias—, pero manteniendo el estancamiento en que se encontraba la producción <sup>23</sup>.

El comienzo del auge se desplaza pues hasta fines de 1968, lográndose entonces que éste comience cuando se encuentran congelados los salarios y en operación un tipo de cambio doble. Lo primero evita la inflación, lo segundo debería permitir un aumento en las exportaciones, lo suficientemente grande como para evitar que el necesario aumento en las importaciones lleve nuevamente a un déficit en la balanza de pagos. Mientras tanto se han llevado a cabo o comenzado, una serie de medidas racionalizadoras —ya mencionadas anteriormente— y cuyo objetivo es lograr el funcionamiento eficiente del sistema, lo que a su vez ayudaría a lograr un aumento en las exportaciones de productos industriales. Este es el verdadero éxito del plan del gobierno; frenar la inflación y aumentar la eficacia del sistema —consolidando así el predominio en la economía de los grandes monopolios—, dejando al mismo tiempo sentadas las bases para una eventual expansión de las exportaciones sin necesidad de nuevas devaluaciones, y de aumento del producto sin una renovación de las presiones inflacionarias. Pero no puede argumentarse que se ha solucionado el problema del déficit estructural de la balanza de pagos, y por lo tanto que se han removido las trabas que impedían un desarrollo sostenido de las fuerzas productivas. En efecto, las exportaciones no han aumentado en la medida suficiente —y si aumentaran no es de descartar que los países imperialistas adopten medidas restrictivas contra estas exportaciones, tal como se ha hecho repetidamente en el pasado, por ejemplo, con países como Brasil y la India—, y por esto es que apenas comenzado el auge ya han aparecido los primeros síntomas de una reaparición del déficit. Si estos se confirman el auge no podría prolongarse mucho más allá de 1970 <sup>24</sup>.

### 3. PERSPECTIVAS FUTURAS

El análisis de las perspectivas futuras, de los resultados previsibles del plan económico del gobierno, debe ser también dividido

en el estudio de los problemas de corto plazo —es decir del ciclo económico— y el estudio de las posibilidades de desarrollo a largo plazo de la economía.

En lo que se refiere al ciclo económico, es probable que la nueva política del gobierno sea capaz de introducir modificaciones sustanciales en sus características. Aun cuando no se solucionen los problemas de fondo de la economía, es decir, que no se generen vía mayores exportaciones suficientes recursos externos como para sostener el período actual de auge por un largo tiempo, no es imposible que se logre disminuir la intensidad de las fluctuaciones del Producto Bruto Nacional, y eliminar, o por lo menos reducir, el problema de la inflación.

Como habíamos visto, la ruptura del período expansivo de la economía se producía cuando un déficit en la balanza de pagos obligaba al gobierno a devaluar la moneda, con los consiguientes efectos sobre la distribución del ingreso y el volumen de saldos monetarios reales, que a su vez provocaban una caída en el nivel de la demanda final y por lo tanto del ingreso. La caída del ingreso corregía el déficit de la balanza de pagos.

Por otra parte, en la fase expansiva, los aumentos de salarios nominales generaban un proceso inflacionario que se agravaba al devaluarse la moneda. Este proceso inflacionario, hacía más o menos inevitable la devaluación al incrementar los costos monetarios internos hasta niveles tales que reducían la competitividad de las exportaciones argentinas, incluso la de las exportaciones tradicionales.

La fase expansiva del ciclo actual se caracteriza por una relativa estabilidad de precios, obtenida gracias al congelamiento de los salarios; y por una paridad peso/dólar lo suficientemente elevada como para que se mantengan competitivas las exportaciones del país. Esto hace posible solucionar los problemas de la balanza de pagos sin necesidad de una nueva devaluación. En efecto, cuando el incremento de importaciones que seguramente generará el auge actual, haga sentir sus efectos sobre la balanza de pagos, un aumento en los impuestos o reducción en los gastos públicos que reduzca la demanda final y modere la expansión, pueden llevar nuevamente el sistema al equilibrio. La reducción en la demanda final deberá ser lo suficientemente grande como para reducir las importaciones hasta restablecer el equilibrio en la balanza de pagos; una vez obtenido ese equilibrio podría adoptarse una política más expansiva.

Una alternación de políticas fiscales y monetarias expansivas y recesivas, de acuerdo a cómo evolucione la posición de la balanza de pagos, podría evitar una situación de déficit que haga indispensable una devaluación. Sería entonces posible mantener la paridad del peso, evitar que se reinicie el proceso inflacionario, y suavizando las fluctuaciones cíclicas, evitar una repetición de las graves recesiones y bruscas recuperaciones de años anteriores. La estabilidad de precios permitiría a las grandes empresas, tal como se explicó anteriormente, racionalizar sus procesos productivos e incrementar su dominio sobre los mercados.

En la práctica no es seguro que pueda regularse tan delicadamente el proceso económico. La ruptura del equilibrio puede provenir en primer lugar de un aumento en las reivindicaciones obreras que hagan indispensable otorgar aumentos en los salarios nominales, con la consiguiente repercusión en los precios de los productos finales. La relativa debilidad actual de los sindicatos permite prever que el gobierno podría seguir controlando firmemente el nivel de los salarios nominales, pero una coyuntura económica de auge o cambios al nivel político podrían alterar esta situación.

En segundo lugar la espiral inflacionaria podría reiniciarse si el gobierno presionado por los sectores agropecuarios se ve obligado a reducir las retenciones a la exportación, con el consiguiente aumento en los precios de los alimentos, su repercusión sobre el salario real, y por lo tanto el aumento en las presiones para que se otorguen incrementos en los salarios nominales. También si las empresas industriales aprovechan un período de auge para aumentar sus precios a medida que alcanzan la plena ocupación del equipo instalado.

Por último, se requiere un sistema impositivo flexible, y la voluntad política de utilizarlo, para incrementar rápidamente los impuestos cuando la expansión económica comienza a generar presiones sobre la balanza de pagos. Fallas en el diagnóstico correcto de la coyuntura económica, o dilaciones en la aplicación de las medidas apropiadas para corregir un auge excesivo, pueden hacer que se mantenga por un tiempo relativamente largo un déficit en la balanza de pagos. Esto, a su vez, provoca una pérdida de confianza en el peso, y por lo tanto, puede dar lugar a salidas masivas de capital a corto plazo. Si se llegara a una situación de este tipo, la devaluación puede hacerse inevitable al reducirse

rápidamente las reservas de divisas con que cuenta el país. El alto nivel de estas reservas en el momento actual no debe hacer pensar que es improbable que esto ocurra; estas reservas han sido acumuladas en lo fundamental gracias a entradas de capital a corto plazo, y pueden desaparecer con la misma facilidad y a la misma velocidad con que se obtuvieron. Por otro lado, la experiencia internacional muestra claramente cómo la especulación puede hacer desaparecer en días, reservas consideradas más que suficientes.

En síntesis, si bien no debe descartarse la posibilidad de que el gobierno logre controlar más efectivamente el ciclo económico de lo que éste ha sido en el pasado; fallas en las técnicas de control, aumentos autónomos en los precios de los productos industriales o agropecuarios, o en el nivel de los salarios nominales o movimientos especulativos de divisas, pueden terminar con la precaria estabilidad lograda<sup>25</sup>. Como se señala en la nota 24, cuando este trabajo se hallaba en prensa se produjo la devaluación del peso a \$ 400 por dólar. El reducido porcentaje de la devaluación no autoriza a pensar que necesariamente estamos presenciando el naufragio de la política de estabilización, pero el hecho de que tuviera que llevarse a cabo confirma, creo yo, el análisis del texto en lo que se refiere a la precariedad de la estabilización lograda.

Aún suponiendo que se logre controlar el ciclo y mantener la estabilidad de precios, no es probable que esto sea suficiente para asegurar un crecimiento secular satisfactorio de la economía. Es verdad que la estabilidad de precios es condición necesaria para lograr un crecimiento sustancial en las exportaciones de productos industriales —y un aumento en las exportaciones es, a su vez, condición necesaria para mantener la estabilidad externa, si crece en forma sostenida el producto interno— pero no es condición suficiente. También es verdad que la estabilidad de precios puede ayudar a lograr incrementos de la producción agropecuaria que permitirían incrementar las exportaciones de estos productos, pero la estabilidad sola no es suficiente.

El análisis de las condiciones de equilibrio del sistema para que pueda mantenerse por un período de varios años una tasa de desarrollo alta, es bastante complejo. Por un lado tenemos el aumento en las importaciones que este crecimiento genera, fundamentalmente importaciones de materias primas y de bienes de capital. Por el otro, el incremento en la producción agropecuaria y el creci-

miento de la demanda interna de bienes agrícolas determinarán los saldos disponibles para la exportación. En tercer lugar, la evolución de los precios internos y del tipo de cambio determinarán la posibilidad de exportar productos industriales. En cuarto lugar, la entrada de capital extranjero beneficiará en una primera instancia a la balanza de pagos, pero las posteriores salidas de divisas en concepto de beneficios y dividendos agravarán posteriormente el déficit. En quinto lugar, el nivel de protección aduanera afecta las posibilidades de sustituir importaciones, siendo éstas menores cuanto más bajas sean las tarifas, pero por otro lado las tarifas altas hacen menos competitivas las exportaciones argentinas. Por último, y aún suponiendo que se ha logrado aumentar los saldos exportables de productos agrícolas, y que se ha conseguido hacer competitivas a las exportaciones de ciertos productos industriales, no es seguro que los mercados de los países industrializados se abran lo suficiente para que se logre efectivamente un volumen creciente de exportaciones. Como se señaló en la introducción, los países industrializados imponen barreras discriminatorias a las importaciones provenientes de los países dependientes, manteniendo así a estos en ese estado de dependencia; no hay razón para pensar que estas restricciones al comercio van a ser eliminadas.

Combinar todas estas variables en un modelo de crecimiento dinámico y tratar de cuantificarlas, es un objetivo que excede ampliamente al de este trabajo. Sin embargo, quiero detallar algunas razones por las cuales me parece muy poco probable que el sistema pueda generar y mantener en el largo plazo una alta tasa de crecimiento.

Las importaciones de materias primas y de bienes de capital parecen responder elásticamente a los cambios en la producción interna <sup>26</sup>. Esta alta elasticidad ingreso de las importaciones no se ha modificado en los últimos meses; si comparamos el segundo semestre de 1968 con el período correspondiente del año anterior, vemos que a un incremento de la producción industrial del 12 % correspondió un aumento de las importaciones del 12 %. En el primer semestre del año 1969 las importaciones superaron en un 43 % a las del período correspondiente del año anterior, mientras que la producción industrial creció en un 8.8 % <sup>27</sup>.

Es probable pues que, en la medida en que se mantenga el período de auge actual, las importaciones crezcan muy velozmente. Esta alta elasticidad ingreso de las importaciones está determinada

en el corto plazo por factores tecnológicos —las empresas locales necesitan materias primas, productos semimanufacturados y bienes de capital importados para operar sus fábricas—. Indudablemente, a largo plazo, muchos de los insumos que ahora se importan pueden pasar a ser fabricados localmente, pero también es cierto que comienzan a fabricarse nuevos bienes, demandados en general por los sectores de más altos ingresos, los que a su vez requieren de insumos importados para su fabricación. De esta forma —a pesar de la política de sustitución de importaciones—, se mantiene a lo largo del tiempo una alta elasticidad ingreso de la demanda de importaciones. Contribuye a esto, además, el aumento de la demanda de algunos bienes de lujo que deben ser necesariamente importados, y de servicios importados —como el turismo—. Mientras persista una distribución del ingreso como la actual, continuará en aumento la demanda de ese tipo de bienes. La experiencia de los últimos años no hace previsible un rápido aumento de la producción agropecuaria. La producción agropecuaria exportable estuvo totalmente estancada entre 1947 y 1955, y creció a una tasa del 2 % entre 1955 y 1968 <sup>28</sup>. Como la población crece a una tasa del 1.7 % por año, y como es previsible que si aumentara el ingreso *per cápita*, crecería en alguna medida el consumo *per cápita* de productos agropecuarios, la tasa de crecimiento de la producción debería exceder la suma de la tasa de crecimiento de la población y de aumento en el consumo *per cápita*, a fin de liberar volúmenes crecientes de productos agropecuarios para la exportación. Esto implicaría un cambio sustancial en la tasa a la cual se ha introducido más capital y nuevas técnicas de producción en el sector agropecuario. Si bien no es imposible que esto ocurra, y la estabilidad de precios y ciertas medidas del gobierno, como, por ejemplo, el impuesto a la tierra, pueden contribuir a una renovación en los métodos de producción utilizados en el sector agropecuario, parece optimista prever un aumento muy grande en la tasa de crecimiento de la producción en este sector.

Quizá lo más difícil sea determinar las posibilidades de aumentar las exportaciones de productos industriales. En última instancia una política de cambios lo suficientemente agresiva, es decir, dispuesta a devaluar el peso hasta hacer competitivas ciertas exportaciones, siempre debe rendir algunos frutos. Pero las exportaciones de productos industriales no dependen sólo del nivel de precios —también influyen la calidad de los productos que se ofrecen, las

condiciones de comercialización, los créditos que se otorgan, etc.—, y aquí es donde las empresas argentinas pueden encontrarse en desventaja. Por otro lado, las empresas extranjeras que operan en el país, más experimentadas en lo que se refiere a operaciones en el mercado internacional, se ven impedidas de exportar, en algunos casos, por convenios celebrados con su casa matriz.

El establecimiento de mercados comunes entre países latinoamericanos favorece sin duda algunas exportaciones de tipo industrial, pero necesariamente perjudica a las exportaciones del mismo tipo dirigidas hacia terceros países. Esto es así ya que las importaciones efectuadas a costos altos de otros países socios, elevan los costos de producción locales. Por otro lado, el mercado común latinoamericano parece beneficiar, en primera instancia, a las grandes empresas en condiciones de planificar sus operaciones a escala continental; en general, empresas extranjeras.

La entrada de capital extranjero es obvio que actúa en una primera instancia como un alivio para la balanza de pagos. Pero este alivio dura poco; suponiendo que la inversión extranjera no tenga otras repercusiones sobre la balanza de pagos que el ingreso inicial de divisas y las salidas posteriores de dividendos e intereses, un déficit inicial de "x" millones de dólares requeriría, para ser cubierto, una inversión inicial de "x" millones de dólares, y que ésta creciera en años posteriores a una tasa igual a la tasa de beneficio obtenido por las empresas. Como la tasa de beneficio es ampliamente superior a la tasa de crecimiento del stock de capital, esto implicaría, que luego de un plazo más o menos largo, todo el stock de capital del país pasara a manos extranjeras. Alternativamente, y esto es lo que sin duda ocurre en la realidad, las inversiones extranjeras no crecerán a la tasa requerida, y el déficit original reaparecerá, agravado ahora por la salida de un flujo más o menos grande de dividendos e intereses. Además la inversión extranjera tiene muchas otras repercusiones sobre la balanza de pagos, que no podemos analizar aquí, siendo éstas en general negativas.

El problema de las tarifas es lo suficientemente complejo como para no prestarse a ninguna generalización fácil. Los efectos netos de una reducción de tarifas, tomando en cuenta que, por un lado, tiende a incrementar las importaciones, pero por el otro, que hace más competitivas las exportaciones, son difíciles de determinar. Lo que sí es indudable es que a corto plazo estos efectos serán negati-

tivos, por lo que un programa de reducción de tarifas debería estar apoyado en amplias reservas de divisas para conservar el equilibrio en el período de transición.

El problema más serio es seguramente el de los mercados. La política actual de los países más industrializados es discriminativamente proteccionista con respecto a las exportaciones de los países dependientes. Es evidente que, si a uno no le quieren comprar, es imposible vender. De modo que si esta política no se altera, todo lo que se haga internamente para aumentar las posibilidades de exportación del país será insuficiente. Y si esta política proteccionista es parte integrante de una política general que permite mantener la explotación que sufren los países dependientes, es utópico pensar que se pueda cambiar simplemente mediante acuerdos o negociaciones bilaterales, o aun apelando a las discusiones internacionales del tipo de las conferencias de "Comercio y Desarrollo". Algunos países, que cuentan con materias primas cuya demanda crece muy rápidamente —como por ejemplo los países productores de petróleo—, o están en condiciones de vender algún producto o servicio cuya demanda es muy elástica con respecto al ingreso, y que no es sustituible fácilmente por la producción local en los países avanzados —como ser los países que reciben un flujo masivo de turistas—, o que geográfica o estratégicamente se hallan ubicados en posiciones de privilegio, y que por lo tanto pueden recibir un trato preferencial por parte de los países imperialistas —como lo están por ejemplo Irlanda o Formosa—, podrán salir del círculo vicioso de la falta de demanda que obliga a malvender con tal de aumentar el valor de las exportaciones; pero no parece que la Argentina cuente por el momento con ninguna de estas circunstancias especialmente favorable. Por lo tanto debe llegarse, creo, a una conclusión pesimista con respecto a las posibilidades de nuestro país de incrementar rápidamente el valor de sus exportaciones, sea de productos industriales o agropecuarios, aún cuando se cumplan internamente todos los requisitos —y éstos son bastante difíciles de cumplir— que harían posible este incremento<sup>20</sup>.

Y como por todas las razones expresadas anteriormente, un proceso de desarrollo rápido no es posible sin un aumento sustancial en las exportaciones, creo que la tasa de desarrollo del país seguirá muy por debajo de la que potencialmente podría alcanzarse. Es decir, que el desarrollo de las fuerzas productivas seguirá frenado, y que este freno debe ubicarse en última instancia en la re-

lación en que se encuentra la Argentina con los países altamente industrializados. La presión de los centros imperialistas, y la imposibilidad en que se encuentra la burguesía local de llevar a cabo un proceso de desarrollo autónomo, mantendrán al país en una situación de estancamiento relativo.

Estancamiento relativo no quiere decir crisis catastrófica del sistema. Significa que el desarrollo que tendrá lugar estará por debajo de lo que se podría lograr. Significa, también, que este desarrollo limitado tendrá además todos los defectos del desarrollo capitalista monopolista. Significa que no podrá lograrse la plena ocupación, e incluso que la desocupación permanente puede seguir aumentando —ya que si el producto bruto no aumenta muy rápidamente y sigue creciendo la productividad por persona ocupada, no se absorberá la nueva mano de obra que llega al mercado— y significa también que grandes regiones del país, incapaces de adaptarse al proceso de desarrollo monopolista, sufrirán ellas sí una crisis grave. Pero el volumen global de la producción seguirá aumentando, amplias capas medias se beneficiarán con el desarrollo de las grandes empresas monopolistas —tanto desde el punto de vista de sus ingresos como a través del consumo de los nuevos productos que estas empresas lanzan al mercado—, incluso sectores obreros ocupados en empresas altamente tecnificadas y que utilizan relativamente mucho capital por persona ocupada recibirán aumentos en sus remuneraciones reales y otras ventajas en términos de mejores servicios sociales.

Este estancamiento relativo estará ligado también a un aumento en la penetración del capital extranjero en el país. En efecto la limitación externa, en cuanto a disponibilidad de divisas, exige fabricar localmente numerosos bienes, tanto de consumo como de capital, si se desea mantener una tasa de crecimiento por lo menos moderada. Muchos de estos bienes son nuevos productos que aparecen en los mercados de los países ya altamente industrializados, o equipos de capital cuya complejidad no permite a las empresas locales encarar su fabricación con los recursos tecnológicos de que disponen. Antes que pasarse sin este tipo de productos, o realizar las inversiones masivas y esperar los años que fuera necesario para la elaboración propia de nuevas tecnologías, la burguesía local prefiere solicitar el apoyo del capital extranjero que aporta no sólo sus capitales, sino lo que es más importante, su "know how". A medida que este proceso de penetración del capital extranjero se

desarrolla, más difícil se hace iniciar un proceso de desarrollo independiente. En efecto, ¿cómo fabricar, supongamos, acero sin patentes extranjeras, cuando los usuarios del producto son empresas que utilizan máquinas y procesos adaptados para acero con especificaciones tales que sólo puede ser fabricado usando patentes extranjeras o por alguna empresa extranjera? Si los consumidores de altos ingresos desean utilizar automotores similares a los que existen en los países más avanzados, ¿por qué esperar diez años y desarrollar un modelo propio cuando General Motors está muy dispuesto a establecer inmediatamente una planta en el país? Las múltiples interrelaciones entre los distintos sectores industriales, tanto al nivel de la producción como en lo que hace al consumo, hacen que aparezca como "indispensable" el apoyo técnico del capital extranjero.

En definitiva, lo que nos ofrece el proyecto actual de la burguesía dependiente actualmente en el poder, puede resumirse en: estancamiento relativo, desarrollo distorsionado, desempleo permanente o creciente, y creciente subordinación al capital extranjero. Para no ser injusto debe señalarse que todo esto tendría lugar, con suerte, en un contexto de precios estables y tipos de cambios fijos.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Ver por ejemplo: Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1968; John K. Galbraith, *The New Industrial State*, London, Hamish Hamilton, 1967; Michael Kidron, *Western Capitalism since the war*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1968.

<sup>2</sup> Varias de estas consecuencias no son exclusivas del capitalismo monopolista, sino del capitalismo, sin aditamentos (algunos autores sostienen incluso que son características de todo régimen industrial de producción); así como por ejemplo la pobreza o la alienación en el trabajo. En lo que se refiere a la alienación en el trabajo me ha sido señalado que en la medida en que los grandes monopolios logran que su fuerza de trabajo se identifique con los objetivos y necesidades de las empresas para las cuales trabajan, crean en los obreros una "falsa conciencia" que reduce la percepción de la alienación. Esto, sin embargo, podría ser considerado simplemente como una forma más sutil de alienación, y por otro lado no es tan obvio que el capitalismo monopolista haya conseguido implantar entre sus obreros un grado muy alto de "lealtad" hacia las empresas; como lo demostraron explosivamente los "acontecimientos" de mayo de 1968 en Francia.

<sup>3</sup> El supuesto de elasticidad precio de la demanda relativamente baja es

plausible si agrupamos a los bienes en grandes categorías que incluyan bienes altamente competitivos, y si suponemos que las condiciones técnicas de producción de los bienes competitivos no son demasiado disímiles.

<sup>4</sup> A partir de este momento usamos la palabra "bienes" para referirnos a "bienes y servicios" sin necesidad de repetir constantemente esta expresión.

<sup>5</sup> Coeficiente de importación es el valor de los insumos directos o indirectos requeridos por unidad de producto final.

<sup>6</sup> Esto es probable que ocurra, ya que los bienes con una elasticidad ingreso de la demanda más alta son, en general, artículos manufacturados, y es en la industria donde el coeficiente de importación es más alto.

<sup>7</sup> Modelos desarrollando en detalle las ideas expuestas en este párrafo han sido elaborados por numerosos autores, y son la base de estudios realizados por la CEPAL y la UNCTAD. Para dar sólo un ejemplo podemos citar a S. B. Linder, *Teoría del comercio y política comercial para el desarrollo*, CEMLA, 1965; para un análisis del ciclo económico en una economía en la que se postula una relación rígida entre crecimiento del ingreso y aumento de las importaciones ver: O. Braun y J. L. Joy, "A model of economic stagnation, A case study of the argentine economy", *Economic Journal*, diciembre 1968.

<sup>8</sup> Por poder monopólico entiendo acá el que surge por el hecho de ser los países imperialistas los únicos oferentes de aquellos bienes; materias primas, semimanufacturadas o bienes de capital; que son insumos indispensables para la producción en los países dependientes, y por ser a su vez los países imperialistas demandantes de bienes que son fácilmente sustituibles por producción local, aun cuando naturalmente a costos mayores (p. ej.: productos agrícolas). No se toma en cuenta aquí el caso de los países dependientes que exportan materias primas no fácilmente sustituibles y cuya demanda crece rápidamente, como por ejemplo el petróleo. Para asegurarse un flujo constante y a precios bajos de ese tipo de productos, los centros imperiales usan medios menos sutiles que la discriminación comercial.

<sup>9</sup> Naturalmente los países imperialistas imponen tarifas debido a un complejo conjunto de razones, entre las cuales podrían señalarse la defensa de intereses sectoriales, la necesidad de producir localmente cierto tipo de productos —como por ejemplo, alimentos— por razones estratégicas, la protección de regiones especializadas en la producción de ciertos bienes, etc. Sin embargo para el tipo de análisis altamente generalizado que estoy realizando parece razonable la simplificación del texto.

<sup>10</sup> Estas ideas se encuentran desarrolladas más largamente en O. Braun, *Comercio internacional e imperialismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

<sup>11</sup> El crecimiento de los países imperialistas también aparece estrechamente relacionado con el crecimiento de sus exportaciones. Sin embargo la relación es diferente, y no implica dependencia, en el sentido de que es posible el crecimiento sin que aumenten las importaciones. Por lo tanto no existe la posibilidad de forzar a un país imperialista a vender volúmenes mayores.

de sus exportaciones mediante la introducción de tarifas; ésta sería una de las razones por las que los países imperialistas han encontrado conveniente desmantelar en buena medida las tarifas que limitaban el comercio entre países altamente industrializados. Esto no implica que haya terminado la competencia entre países imperialistas, tanto en sus propios mercados como en los mercados de los países dependientes; simplemente compiten con otro tipo de medidas. Pero estos son temas que escapan a los objetivos de este trabajo.

<sup>12</sup> Como considero que es la dependencia externa el freno principal al crecimiento de las fuerzas productivas, no me ocuparé del análisis de los otros factores que condicionan el desarrollo de la economía más que en forma ocasional. Por otro lado es importante destacar que el término dependencia externa se usa en el texto con el sentido restringido expresado en la definición. Esto no quiere decir que niegue la existencia de un fenómeno de "dependencia externa" mucho más general, que incluye muchas variables económicas no analizadas en este trabajo, y también variables de tipo social, cultural, político y militar. La dependencia externa en sentido amplio es, sin embargo, un fenómeno demasiado complejo para intentar aquí su análisis, y por otro lado pienso que es probable —e intentaré desarrollar esta idea en el futuro— que a su vez sea ella misma explicable en gran medida por la dependencia en el sentido restringido del texto. Es por esto que por el momento el análisis se limita a la dependencia externa en su sentido restringido. Finalmente me ha sido señalado en repetidas ocasiones, que la dependencia externa como la he definido, no es más que dar manifestación de un fenómeno más profundo: la existencia en la actualidad de una estructura industrial atrasada en relación a la de los países industriales y desequilibrada, controlada a su vez por una burguesía incapaz de llevar a cabo las innovaciones técnicas y las inversiones que requeriría el "modernizar" nuestra industria, sobre todo esto implicaría un enfrentamiento parcial con los centros imperialistas. A su vez el estado actual de nuestra industria, y la debilidad de nuestra burguesía, deberían ser explicados por todo un proceso histórico durante el cual "dependencia" ha ido asumiendo distintas formas. Sin negar la validez de puedan tener esas observaciones, prefiero a los efectos de este artículoirme a mi definición, restringiendo así indudablemente el campo del análisis pero evitando, espero, caer en vagas generalizaciones; ya que el tema de dependencia en su desarrollo histórico no puede ser tratado adecuadamente en el marco de un breve ensayo y escapa probablemente a las capacidades del autor. Por otro lado si es cierto que se verifica el fenómeno de la dependencia tal como yo lo he definido, no hay que ir muy lejos para explicar la timidez de nuestra burguesía; tampoco a los burgueses les gusta iniciar combates que no pueden ganar.

<sup>13</sup> El argumento del texto supone en realidad la existencia de inestabilidad en los precios relativos, y en la tasa de aumento de los absolutos. Así, por ejemplo, si todos los precios aumentaran diariamente a una tasa constante no habría dificultades en planear inversiones a largo plazo, o en identificar las medidas racionalizadoras a tomar para aumentar la eficiencia interna de las empresas. Pero en la práctica la tasa de inflación es necesariamente variable, lo que quizás es aún más importante, como los precios no pueden ajustarse diariamente, los precios relativos están variando permanentemente, aún cuan-



do en promedio y a largo plazo se mantengan constantes. El desconocimiento de los "verdaderos" precios relativos, evidentemente aumenta los riesgos y disminuye la eficacia de las empresas.

<sup>14</sup> En el capítulo I se analizan más en detalle estos problemas

<sup>15</sup> El dominio del capital monopolista se expresa dentro de una alianza de sectores que son los que dominan el aparato estatal. En esa alianza están incluidos, como socios menores, los sectores de la oligarquía terrateniente, pues prefieren apoyar al actual gobierno, aún cuando no llene todas sus expectativas, frente a cualquiera de las alternativas previsibles. El gran capital financiero es seguramente parte importante de la coalición, y se ha beneficiado notablemente con la estabilidad de precios, especialmente los bancos, ya que ha aumentado sustancialmente en términos reales la masa de dinero que controlan, sin que se alteraran simultáneamente sus costos de operación. Finalmente, sectores de capas medias y aun algunos sectores obreros han visto mejorar su situación, y forman parte también de la coalición en el poder. Sería sumamente interesante estudiar en detalle cómo se estructura la coalición dominante, pero escapa totalmente a mis posibilidades actuales. Por lo tanto en el análisis continuaré realizando drásticas simplificaciones.

<sup>16</sup> Cómo se controló la inflación, y qué efectos tuvo sobre los distintos grupos, es discutido más detalladamente en el capítulo 2.

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, S. B. Linder, op. cit.

<sup>18</sup> Véase "Estudios sobre la Economía Argentina", febrero de 1969, pág. 81, donde se estima un valor de 1.5 para la elasticidad teórica de las importaciones de productos intermedios con respecto a variaciones de la producción industrial y de construcciones, y un valor de 0.81 para la elasticidad efectiva, para el período 1957/59 - 1966/68. Para el subperíodo 1960/62 - 1966/68, la elasticidad efectiva disminuyó apreciablemente, pero esto puede, en parte, atribuirse al "boom" de inversiones registrado en los años 1960/62; —y la mayor sustitución de importaciones que el mismo permitió— pero que naturalmente requirió originariamente una importación masiva de bienes de capital.

<sup>19</sup> No sólo en el sentido estático, es decir en la utilización de un stock dado de recursos, sino también en el sentido dinámico, en la medida en que se impide, o por lo menos desalienta, la absorción de nueva tecnología superior a la existente, cuando las nuevas tecnologías están incorporadas en bienes de capital fabricados en el exterior y cuya importación está gravada.

<sup>20</sup> Véase Jorge M. Katz, "Production functions, foreign capital and growth in the Argentine manufacturing sector 1946-1961", Instituto Torcuato Di Tella, septiembre de 1968.

<sup>21</sup> La importancia que tiene el momento del ciclo en que se aplica el plan, ha sido señalada por Arturo O'Connell en una nota que tuvo la gentileza de enviarme y que desconozco si ha sido publicada.

<sup>22</sup> Además, como me ha sido señalado, mientras exista capital ocioso, de aumentar el producto aumentarían en una primera instancia las importaciones de insumos corrientes, pero no en gran medida las de bienes de capital.

<sup>23</sup> Al verificarse una disminución en el ingreso real de la clase obrera y del sector agrícola, pudo el Estado aumentar sus inversiones y expandir el crédito sin que esto implicara una política fiscal y monetaria expansiva; esta política simplemente impidió que cayera el ingreso. En la medida en que estas inversiones están fundamentalmente orientadas a permitir un más amplio desarrollo del sector industrial, se justifica nuestra afirmación (véase pág. 17 respecto a la forma en que se distribuyó el costo de frenar la inflación). Podría argumentarse que, ya que no cayó el ingreso total, se frenó la inflación sin costo alguno; y que la redistribución de ingresos que tuvo lugar, reduciendo el ingreso de la clase obrera y del sector agrícola, y aumentando las inversiones estatales, es una medida de política económica que debe ser analizada independientemente de las medidas tendientes en forma directa a eliminar la inflación. Sin embargo el análisis de conjunto, como lo he realizado, me parece que explica mejor lo que ha ocurrido. No se han aplicado un conjunto de medidas de política económica cada una de las cuales es evaluable por sí misma, es una política económica coherente y sistemática lo que el Estado ha llevado a cabo.

<sup>24</sup> En el mes de junio de 1970 se produjo la sustitución del general Juan Carlos Onganía por el general Marcelo J. Levingston como Presidente. La primera medida del nuevo ministro de economía, Mariano Llerena, fue devaluar el peso de \$ 350 a \$ 400 por dólar, acompañando esta medida con la introducción de retenciones a la exportación, y el anuncio de reducciones en los impuestos a la importación, en forma similar a como se hiciera en marzo de 1967. A pesar de que muchos comentaristas consideraron innecesaria esta devaluación, todo hacía prever un fuerte déficit en cuenta corriente para el semestre de 1970. Si éste se veía acompañado por movimientos especulativos de fondos contra el peso, lo que también era previsible, las grandes reservas de divisas que el Banco Central tenía a la fecha de la devaluación habrían desaparecido rápidamente. La devaluación entonces hubiera tenido lugar meses después. La posibilidad de movimientos especulativos contra el peso ha sido momentáneamente eliminada, en cuanto a reducir el déficit en cuenta corriente, esto depende en buena medida de que se modere el ritmo actual de expansión de la economía.

<sup>25</sup> El párrafo anterior había sido escrito antes de las luchas obreras de mayo y junio de 1969. En la actualidad no es muy difícil prever que el gobierno puede verse obligado a otorgar aumentos salariales relativamente importantes, precisamente en momentos en que la balanza de pagos —excluidos los movimientos de capital— comienza a arrojar un déficit. Los previsibles aumentos salariales, el déficit de la balanza de pagos, y la inestabilidad de la situación política se han conjugado para generar a fines de 1969 un comienzo de especulación en el mercado de cambios con las consiguientes pérdidas de reservas por parte del Banco Central. A su vez los industriales aprovechan el renacer de las expectativas inflacionarias y el crecimiento de la demanda para aumentar sus precios, mientras que el sector agrario —al per-

cibir la debilidad del gobierno— renueva sus demandas para obtener la eliminación del impuesto a la tierra y las retenciones a la exportación. Si el gobierno introdujera controles a los precios de los productos industriales, se negara a rebajar los impuestos, estuviera dispuesto a no permitir un aumento en los salarios de, digamos, más de un 5 %, y se atreviera a introducir el control de cambios en caso de renovarse la especulación en el mercado de divisas; la estabilidad de precios estaría asegurada. Pero luego de los golpes que ha recibido no es probable que el gobierno actual tenga la fuerza suficiente para tomar esas medidas. Por supuesto que esto no significa que haya que esperar una vuelta a un promedio de inflación anual cercano al 30 %, quizá la inflación se mantenga a un ritmo de, digamos, no más del 10 % por año. Pero esto sólo sería suficiente para forzar, tarde o temprano, una nueva devaluación del peso, y para dificultar en grado apreciable las posibilidades de aumentar las exportaciones de productos industriales.

<sup>26</sup> Véase *Estudios*, op. cit., pág. 81.

<sup>27</sup> Véase *Informe Económico del Ministerio de Economía y Trabajo*, 2º trimestre de 1969.

<sup>28</sup> Véase *Estudios*, op. cit., pág. 64.

<sup>29</sup> Como me ha hecho notar el señor C. Cristiá, en el largo plazo las empresas monopolistas, en la medida en que crecen más rápidamente que la economía como conjunto, deberían terminar por absorber ellas solas el total de la producción local. En ese momento, su tasa promedio de crecimiento sería igual a la de la economía. Si las grandes empresas fueran en su mayoría extranjeras, se plantearía un conflicto de intereses entre la política proteccionista del país de origen de las empresas, y los deseos de éstas de expandirse más rápidamente. En ese caso es probable que se logre más fácilmente una reducción en las trabas que sufren las exportaciones de la Argentina. Sin embargo es claro que ese largo plazo sería muy largo, y que de llegarse a una situación como la descrita, el país sería a todos los efectos prácticos una simple extensión de él o los países imperialistas.